

mujer. Olvida ese desengaño.... ¿Quién no lleva en el fondo del corazón tristes memorias de una dicha malograda! Vive para ser dichoso. ¿Qué te falta para conseguirlo? ¡Nada! Quererlo. Tu corazón ahora mustio y sin aliento, volverá á amar.... Pero, óyelo bien, óyelo, Alfonso; mira en quién pones tu amor y en quién fijas tus afectos. Eres demasiado romántico.... Primo: ni novelas lamartianas, ni novelas de Zola.... La vida no es perfectamente buena ni perfectamente mala.... Si crees porque amas y si amas porque crees, ajusta tu vida á lo que te ofrecen esos dos ideales. Dios mandará á tu alma benéfica lluvia de santos afectos, y tu corazón, ahora mustio, volverá á florecer, como esas plantas que tienes delante, cuando pase el invierno. ¡No me gusta tu novela!... ¡No me gusta esa tu literatura poética, no me gusta! Procure el novelista que en la segunda parte de su libro haya más sencillez y... más acierto.

—¡Eres cruel conmigo, Margarita!

—Acaso. ¿Sabes por qué?

—¡Por qué?

—Porque te quiero mucho, Alfonso!



XLVII.

Ese mismo día principio el duelo en la casa de Collantes. Se distribuyeron esquetas; fueron cerrados los balcones; quedaron entornadas las puertas del despacho, y sobre la clave del portón colocaron los criados un gran moño negro.

Desde ese día lucieron cocheros y lacayos correcta y elegantísima librea de luto, y doña Carman, en la antesala, y don Juan en ésta y en el escritorio se mostraron de lo más tristes y apenados por la inesperada pérdida de aquella hermana tan querida.

Acudieron á la casa Secretarios del Despacho, diplomaticos, banqueros, periodistas, y cuantos amigos tenía nuestro don Juan.

—¡Quién pensara,—decía el P. Grossi, en medio de un gran círculo de personas, hablando dulcemente con uno de los próceres más opulentos de la ciudad metropolitana—quién creyera que á la brillante fiesta del día 24, sucedieran estos penosos días de dolor y de duelo! ¡La muerte, amigo mío! ¡La muerte que acecha nuestros pasos, como ladrón furtivo! ¡Hay que estar alerta, porque no sabemos en qué día ni á qué hora llegará el Hijo del Hombre! La idea de la muerte no debe apartarse nunca de nuestra mente, señor mio! Preciso es vivir prevenidos, dispuestos á emprender ese largo viaje, del cual no regresan nunca los viajeros. Hay que sembrar, hay que sembrar virtudes y caridad para recoger opimos frutos de salvación! No conocí á la generala; pero me dicen todos que Mme. Surville era un ángel de bondad y de dulzura, un tesoro de piedad! . . . ¡Ya habrá recibido en el cielo la merecida corona!

Multiplicábanse los amigos en aquel piazete, y en la portería llovían tarjetas y cartas; los días aquellos fueron para María por extremo fastidiosos, lo mismo que para Juan y para Alfonso; pero éstos, que no estaban obligados á permanecer en la casa, se pasaban las horas en su casa, de charla con sus primas.

Doña Dolores y sus hijas vistieron luto, y se disponían á encerrarse durante

nueve días, hasta que pasara el servicio fúnebre, que fué dispuesto y organizado en la Profesa, como era del caso, por el excelente P. Grossi, quien no sólo arregló lo referente al túmulo y á la misa, sino que se entendió con el maestro Campa para lo relativo á la parte musical.

—“¡Mío caro maestro!—exclamaba el clérigo, hablando con el talentoso compositor.—¡Mío caro artista! Música doliente, que arranque lágrimas, que avive nuestra fe, que encienda en caridad nuestros corazones y que nos hable de las eternas esperanzas!

El italiano pedía música italiana, y recomendaba no sé qué autores, pero el discreto compositor supo conseguir, no sin trabajo, que se le dejara en absoluta libertad respecto á tal punto. El respondería del éxito, acerca del cual las personas inteligentes quedarían satisfechas.

Arreglados estos asuntos, el P. Grossi, cuyas aptitudes decoradoras eran patentes, dedicóse á dirigir y vigilar la construcción del túmulo, para lo cual solicitó la cooperación de Pina. Tuvieronse á la vista muchas fotografías de San Pedro de Roma: el sepulcro de Cristina de Suecia dió la idea principal, y el conjunto fué decorado con las armas de la familia Surville.

Diariamente concurría el P. Grossi en casa de don Juan para dar cuenta de la

comisión que se le había confiado, y cuando el túmulo quedó concluido, una semana antes de los funerales, don Juan y doña Carmen, con todos sus hijos, fueron á la iglesita de San Francisco de Sales para ver la obra, la cual dejó á todos muy contentos.

María indicó la conveniencia de que á los blasones de los Surville se unieran en el túmulo los de la familia Collantes, un escudo cuartelado con castillos y estrellas. Era dudosa la procedencia de tales armas, no registradas acaso por la heráldica española, y las cuales se remontaban, al decir de don Juan, que se decía poseedor de vieja ejecutoria, á un buen caballero asturiano y á las centurias de la reconquista del suelo hispánico, bajo las banderas de San Fernando.

Dióse gusto á la niña, no sin leal y disimulada oposición de Juanito, y el P. Grossi se apresuró á ordenar que los pintores copiaran el blasón, tomándole de un pliego de papel que proporcionó la señora.

—¡Qué blasones ni qué nobleza!—repetía Elena cuando Juan le refirió lo acaecido.—No hay más nobleza que la de la inteligencia y la del corazón. Nosotros, por la rama paterna, descendemos de un honrado especiero que por muchos años vendió en Veracruz aceite y almendras, y que procedía de muy sencillos labradores oriundos de Ramales, allá por las montañas

santanderinas; por la línea materna descendemos de unos andaluces cultivadores de tabaco en Villaverde, y establecidos en la Florida después de la expulsión de los españoles. Un zurrón de almendras, una botija de aceite y unas matas de tabaco vendrían como de encargo para el túmulo... ¡Qué blasones ni qué castillos! Para blasones, don Cosme Linares, y el otro don Cosme, que se dicen descendiente de un virrey.... Como que por eso llevan el mismo nombre.... ¡Ni los Médicis!

Y Juan y Alfonso, y Ramón y Pablo, y Margarita y doña Dolores, reían á más no poder con las murmuraciones de la ceguezuela.

—¡Por Dios, Lena!—díjole la dama.—Calla, hija mía, que ya te vas pareciendo á Conchita Mijares!

Los muchachos se fueron: Pablo al escritorio, y Ramoncillo con varios discípulos y paisanos suyos, que á la sazón estudiaban en Méjico, unos en Jurisprudencia y otros en Medicina. Juan y Alfonso propusieron ir á Chapultepec.

—Pero, muchachos....—respondióles la señora—si estamos de luto!

—Sí, tía, es verdad....—suplicó Alfonso—pero qué hay con eso.... Además, nadie conoce aquí á las muchachas!

Y tanto rogaron Juan y Alfonso, que doña Dolores hubo de ceder.

—¿Vais á pie?

—Iremos en el tranvía.



XLVIII.

Los funerales de la señora de Surville fueron magníficos, y en ellos estuvieron reunidas las personas más distinguidas de la sociedad mejicana.

La decoración del soberbio templo era de las más severas, y el túmulo ideado por el P. Grossi mereció elogios de todos los concurrentes.

Por deseo de doña Carmen, las coronas fueron de violetas,—la flor bonapartista— y guirnaldas violáceas circuían los blasones de las familias Surville y Collantes.

Celebró la misa el Doctor Fernández; el P. Grossi cantó el Evangelio, y un clérigo joven, protegido de don Juan, cantó la epístola.

Al esplendor supremo del servicio con-

tribuyó oportunamente Monseñor Fuentes, quien, llegada la víspera para los preparativos del Concilio, no tardó en presentarse en el palacete de Collantes.

—Asistiré á las honras, si ustedes lo permiten;—dijo—que buenas memorias hago de Mme. Surville, la cual me hospedó en su casa cuando estuve en París, al regresar de Roma....

Muy agradecidos los señores, se apresuraron á dar aviso al P. Grossi para que arreglara lo necesario....

E hizolo á maravilla, con el lujo que el caso requería; asistió el Prelado y dió la absolución, rodeado de clérigos y de monaguillos, y con toda la pompa de un obispo elegante, inteligente, educado á la sombra del Vaticano, firme en su dignidad y convencido del poder que tiene sobre la multitud el ceremonial grave y solemne de la liturgia católica.

Ardían en el templo centenares de cirios, y la orquesta, dirigida por batuta tan segura como la del maestro Campa, llenaba el sagrado recinto de nobles é inspiradas armonías.

Terminó el oficio á las once, y el Prelado, el celebrante y sus compañeros, con algunos otros amigos de don Juan, fueron á la casa de éste para acompañarle á la mesa.

Fué aquel almuerzo un verdadero banquete, en el cual alardeó el capitalista de

su riqueza y del inusitado lujo de su conedor.

Luego que se retiraron los invitados, bajó don Juan al escritorio para despachar su correspondencia, seguido de Pablo, que le servía de secretario, y de cuya laboriosidad y expedición estaba más contento cada día.

—Estoy muy cansado, sobrino! Abre las cartas, y dame cuenta de ellas.... Obedecióle el mozo.... y leyóle dos ó tres referentes á asuntos mercantiles, las cuales fueron reservadas para otro día. En seguida se trató de diez ó doce cartas de pésame, procedentes de Francia....

—¿No viene alguna de Surville?

—Sí; ésta! Y con ella una para mi mamá.

—Dámelas....

Abrió don Juan la carta de su cuñado; leyóla atentamente; dejóla en la mesa, y luego, sin ocultar su contrariedad, dió al mancebo una carta....

—Toma.... es para tu mamá!

Mal disimulaba el capitalista la impresión desagradable que le había causado la carta de Surville; volvió á leerla, y concluida la lectura, estrujó el papel, y levantándose, murmuró:

—Despacharemos mañana! ¿No hay otra cosa?

—No.

—Mañana. Nada urge.

Y agregó:

—Parece que Eugenia se acordó de ustedes al testar.... Me dice Surville que hay un legado para Lola... ¡No será muy grande! Me hace algunos encargos acerca de eso.... Ya hablaré con tu mamá. Llévale la carta.... Vete, y procura venir mañana á buena hora.

—Siempre llego oportunamente, tío!

—Sí; pero mañana te necesito media hora antes de la hora acostumbrada.

—Estaré aquí....

—Di á tu mamá y á tus hermanas que mañana las espero á almorzar. Si Ramón quiere venir, que venga. ¿Quieres tú acompañarnos también?

—Bien sí....

—En la tarde trabajaremos mucho.

Don Juan se guardó en el bolsillo la carta de Surville, salió del escritorio, y paso á paso se dirigió hacia la escalera.

Pablo arregló sus papeles, guardó todos en un "chiffonier," tomó el sombrero, dijo adiós á sus compañeros y se fué.

Llegó Pablo y puso en manos de doña Dolores la carta de Surville.

En ella el general, inconsolable de la pérdida de su esposa, "ma brave et tres chère épouse et compagne,"—decía—le comunicaba tamaña desventura, que no por haber sido esperada era menos dolorosa. y le anunciaba que la excelente señora, cariñosa, como siempre, con los suyos, y teniendo en cuenta las circunstancias pe-

runiarias de la familia, había hecho modificaciones á su testamento, pocos días antes de morir, y dejaba para dotar á Margarita y á Elena, pero directamente á doña Dolores, cincuenta mil francos; que dentro de pocas semanas se procedería al arreglo de todo, y en su oportunidad, la mencionada cantidad quedaría á disposición de quien debiera recibirla.



empresas de la familia, había hecho sus
dificultades á su testamento, pocos días an-
tes de morir, y dejó para doña María
guita y á Felisa, pero directamente á do-
ña Dolores, cincuenta mil francos; que
dentro de pocas semanas se procederá al
arreglo de todo, y en su oportunidad, la
mencionada cantidad quedará á disposi-
ción de quien debiera recibirla.



auxiliar con suma entereza, que en tales
momentos sólo muestra de lo y de crisis.
una resignación... y que en su esta-
miento consiguió algo respecto á estas cir-
cunstancias. Entiendo que se trata de unos em-
pleos, de los cuales me habló varias veces en
sus cartas. A principios de año recibí una
ca que me decía: que las niñas se casarían
pronto, y que se proponía hacerles muy que-
rosos regalos de bodas; que ella se
era muy rica, algunos heredados
por Augusto; otros que éste le había com-

XLIX.

Como lo deseaba el capitalista, al siguien-
te día doña Dolores y sus hijos comieron
con él.....

Después de la comida se habló de Euge-
nia y del General Surville.

—¿Qué te dice Augusto?—dijo don Juan
á doña Dolores.—Ayer te mandé con Pa-
blo una carta que vino para tí?

—Me la entregó ayer tarde. Augusto me
da noticia de los últimos momentos de Eu-
genia. Dice que desde hace varios meses
perdieron los médicos toda esperanza; que
él se esperaba la desgracia de un momen-
to á otro, pero que su deseo y su cariño le
engañaban, y se había dado á pensar que
Eugenia viviría aún en octubre....

—Lo mismo nos dice á nosotros.....

—Y no te habla de las últimas disposiciones de Eugenia?

—Sí; me dice que recibió los últimos auxilios con suma entereza; que en tales momentos dió muestras de fe y de cristiana resignación..... y que en su testamento consignó algo respecto á estas criaturas. Entiendo que se trata de unos encajes, de los cuales me habló varias veces en sus cartas. A principios de año recibí una en que me decía: que las niñas se casarían pronto, y que se proponía hacerles muy buenos regalos el día de la boda; que ella tenía muy ricos encajes; algunos heredados por Augusto; otros que éste le había comprado en Malinas, cuando fueron á Bélgica, y otros más, entre los cuales estaba un velo de sombrilla, obra maravillosa, con la cual la había obsequiado la Emperatriz Eugenia, al volver de Suez.

—¡Conocemos ese velo!...—exclamó María, acariciando un perrito de Chihuahua que le había sido regalado por el Secretario de Comunicaciones.—¡Es un encanto!...

—Es una pieza valiosísima....—interrumpió doña Carmen—Imagínate: una orla de hortensias, y en cada gajo el escudo de la Emperatriz entre ramos de violetas.... Ese velo.... vale, sin atender á su procedencia y á su valor histórico, más de treinta mil francos.... ¡Ya se ve! Regalo de una reina!

—Pues, hija, si ese velo nos ha sido legado, no sé qué haremos con él,—dijo Margarita—nosotras que somos pobres... ¡Sería muy feo que usáramos esa presea!

—Podían venderle.... En Francia lo pagarían á muy buen precio....—murmuró don Juan.—Pero no piensen en eso, Lola... Eugenia habrá dispuesto de otros encajes, sí, pero no de esa joya, que Surville, bonapartista de buena cepa, conservará como un tesoro.

Se habló de otros asuntos: de los esplendores del servicio fúnebre; del talento de Monseñor Fuentes; de la belleza de la esposa del Ministro francés, y de la compañía de ópera que estaba próxima á llegar. La temporada principiaría á fines de agosto ó en la primera quincena de septiembre.

María y doña Carmen lamentaban que el luto no les permitiera gozar de ese espectáculo.

—¡Por qué?—se apresuró á decir Juanito.—Eso no es más que una preocupación. Por eso me gusta á mí vivir en París.... Allí se pierde uno, cuando quiere, y no está uno obligado á respetar ciertas preocupaciones sociales.

—Ya hablaba yo de eso con el T. Gros; si....—dijo doña Carmen.

—¿Y qué opina, mamá?

—Dice, y dice bien, que no por escuchar á Tamagno, ni por oír el Otelo de Verdi, hemos de sentir menos á tu tía Eugenia....

—Es cierto, mamá;—replicó Alfonso que, sentado cerca de Margarita, hojeaba un album de acuarelas,—pero... me parece una incorrección que vean á ustedes en el teatro dos meses después de los funerales de mi tía.... En nosotros los hombres nadie repara.... pero en las señoras sí!

—¡Magnífico! ¡Magnífico!—exclamó María.—¡Lo de siempre! Para las pobres mujeres la exigencia más dura, la tiranía, la censura cruel.... Para ustedes tolerancia, libertad, disculpa!....

—No pierdan el tiempo en esas discusiones,—dijo don Juan, interviniendo—que de aquí á septiembre.... nadie se acordará de que estamos de luto.... Ya ordené que nos tomen una platea.... Se va, ó no se va.... pero la platea estará á nuestra disposición. Si nosotros, al fin, no oímos á Tamagno.... Lola, Margot y Elena irán con ustedes ó con Pablo y Ramón.

—¡Nosotras no!—apresuróse la señora á decir—¡Cómo ha de ser eso!

—No, no; irán ustedes. Dile á Pablo mañana que me lo recuerde, y te mandaré dinero para que estas niñas se hagan algunos vestidos, y para que los muchachos se provean de ropa de etiqueta....

—¡Gracias, Juan! Mucho te lo agradezco; pero, á ser franca, debo decirte que no será para ir á la ópera.... No me parece conveniente eso, cuando Eugenia acaba de morir....

—Dos meses en la vida social son dos años.... Pablo: mañana llevarás dinero a tu mamá.... Iremos á la ópera.... Esas niñas no han de vivir como unas monjas, entre cuatro paredes... ¡A cada edad lo suyo....!

—¡Y vámonos!.... dijo la señora, levantándose... ¿Dónde está Elena?

—En el gabinete... con Juan.... Para allá se fueron hace un momento!—contestó María.

Levantóse Margarita en busca de su hermana. Al volver, trayendo del brazo á la ciega, y mientras Juan salía para hablar con un criado y pedirle el coche, la blonda señorita dijo á la morena, en tono severo:

—¡Lena, por Dios! ¡No está bueno eso! No es correcto que te separes de nosotros para irte con Juan....

—¿Qué hay en ello de malo!—respondióle la joven.

—Nada, sin duda alguna; pero no me parece que haces bien.... Ya hablaremos.

—¡Ya hablaremos!—contestó contrariada la ceguezuela.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

— Dos meses en la vida social son dos años. Páble; mañana llévate dentro a la mamá. Tenemos a la obra. Estas cosas no han de vivir como unas montañas en un día. La casa está lo suyo.

— Y van unos. . . . dijo la señorita. . . .
— ¿Dónde está Elena?
— En el gabinete. . . con Juan. . . .
— Ella se tiró un momento. . . . contestó.

— Margarita en busca de su hijo. . . .
— Al volver, traveso del día. . . .
— y mientras Juan está para hablar con un criado y pedirle el coche, la pluma se

— ¿Una por Dios! No está bueno eso!
— Me es correcto que te separes de nosotros.
— ¿Qué hay en ello de malo?— respon-

— Nada, sin duda alguna; pero no me parece que haces bien. . . . Ya hablaré

— Ya hablemos!— contestó con tanta

la la sencillez.



— presentación que desde las primeras
para siempre, si es que nos damos por
saber, como dicen las Agencias, mis
muchachas muchas, muy simpáticas y de
lo más alegres que cesan aquí, con su pa-
mano Oscar, que vino culpado a la fábri-
ca del Albano. Yo recuerdo que para pos-
las, por aquello de los bailes; que para
comidas tiempo había después.

L
— Tengo mucho que contar, mucho que
cho, y de contarlo tengo siempre que me
trabaja no hablar de mí y de lo que me

A principios de septiembre, una mañani-
ca, al volver de la iglesia, recibió Margot
una carta que decía así:

— “Mi buena y cariñosa amiga:
— “Ya me imagino lo que dirás de mí, que
no he sido ni para escribirte cuatro renglo-

nes. Tienes razón, mucha razón, en quejar-
te de mí; pero, hija, considérame; figúrate
que las fiestas han seguido en casa de Artu-

ro; con motivo del santo de su mamá, pri-
mero, y luego para celebrar el cumpleaños
del señorito de la casa. Tuvinos varios bai-

les, que todos salieron de lo más bonitos.
Hemos dado tres dramas: “Despertar en la
Sombra,” aquel drama que hacían tan her-

mosamente Concha Padilla y don Enrique
Guasp; repetimos “Un Drama Nuevo,” y
estrenamos “El Esclavo de su Culpa,” y

“El Sombrero de Copa.” Ahora estamos

ensayando "El Gran Galeoto;" pero la representación queda desde hoy aplazada para diciembre, si es que no hacemos "posadas," como quieren las Aguilera, unas muchachas mejicanas, muy simpáticas, y de lo más alegres, que están aquí, con su hermano Oscar, que vino empleado á la fábrica del Albano. Yo prefiero que haya posadas, por aquello de los bailecitos; que para comedias tiempo habrá después.

"Tengo mucho que contarte, mucho, mucho, y de contártelo tengo siempre que me prometas no burlarte de mí y de lo que tú llamas mis sensiblerías. Hijita: ¿qué quieres!... ¡Sin amor no se puede vivir! Ya te contaré: he pasado días muy tristes, y estoy padeciendo mucho. No por él, que es bueno, y me quiere con toda su alma, sino porque tanto mi mamá como mi tía se oponen á estos amores, de tal manera que ya no querían dejarme ir á casa de Arturo, y de posadas no les hables.

"Pero como ya sabes que yo siempre me saigo con la mía, conjuré la tormenta, y ahora están más tolerantes, y por quitarme de la cabeza estos "delirios," como ellas dicen, no me contrarían en nada, y al tratarse de ir á Méjico se han mostrado de lo más propicias. De modo que pronto nos veremos. Ya te hablaré de Oscar. Es un muchacho muy bien parecido, finísimo y cariñoso como el que más. Ya leí en un periódico el

elenco de la ópera. ¡Tengo unas ganas de oír á Tamagno! Oscar que le oyó la otra vez, dice que es sublime, particularmente en el Otelo de Verdi. Ya le oiremos juntas. Por acá chismean que es una gloria oír á las gentes. No sé quién de aquí, que estuvo allá, contó al volver que tú y Lena se van á casar muy pronto con los primos que vinieron de Francia; que tú te casarás con Alfonso y Elenita con Juan. Dime lo que haya de cierto en este asunto, que así corresponderás á mis confianzas con otras confianzas. ¿Verdad que lo harás, primor?

"Del diez al once me tendrás por allá. No sé con quién iré; pero no faltará alguna familia con quien pueda hacer el viaje. Les avisaré por telégrafo.

"Muchas cosas mías á tu mamá, á Lena, á Ramón y á Pablo. Para tí muchos besos, muchos, muchos, de esta tu infeliz amiga que te quiero con todo el corazón.
Conchita."

"P. S.—Alguno dijo en casa de Arturo que ustedes estaban de luto por una tía que vivía en París, y que falleció hace pocas semanas. Yo he dicho que eso no es cierto, porque de serlo ya habría yo recibido la esquela de rigor. Sin embargo, me porfían que sí, y dicen que en "El Siglo de León XIII" salió la noticia. Si es cierta tal desgracia, recíban todos nuestro más sentido pésame."

Como lo había dicho, la monologuista vendría á pasar las fiestas y á oír á Tamagno. Doña Dolores tenía resuelto que sus hijas no fueran ni á fiestas ni á espectáculos mientras no pasara el luto. Además, no entraba en sus propósitos el meterse en gastos de trajes y perendengués, á pesar de los deseos del capitalista.

Al oír de labios de Margot la carta de Conchita Mijares, dijo tranquilamente:

—Venga norabuena esa amiguita; venga cuando guste! Lo que es ustedes no irán á la Opera, que no se ha muerto el falderillo de la casa; y no somos nosotras gentes sin corazón ni sentimientos. Pablo y Ramón llevarán á Concha al teatro; ustedes la acompañarán á subir y bajar calles, á visitar á su grande y buena amiga la esposa del licenciado López Villa... y paren ustedes de contar. Bien me sé yo con quién hará excelentes migas la Conchita.

—¿Con quién, mamá?—preguntó Elena.

—¡Con quién ha de ser!—exclamó Margarita.—¡Con Juan!

—Con Juan, digo!—murmuró la dama.

—¿Y por qué dices eso?—replicó la ciega.

—Hermanita mía: porque... tal para cual!

—Eres injusta, Margot; mamá también lo es. No sé yo por qué motivo no quieren á Juan. Juan es bueno. Bajo esa ligereza

stuya, que no es más que aparente, se oculta un corazón muy noble, un alma elevada, llena de cariño y de pasión. Ustedes le acusan de disipado... porque es amigo de divertirse, y porque no puede vivir sin fiestas, ni teatros... Además: qué culpa tiene él de haber vivido en París, de haberse habituado á la vida que allí hacen todos? En Méjico se fastidia... ¡Nada más natural que procure divertirse!...

—Sí, hija mía; pero que no lo haga en compañía de Pablo... á quién trae y lleva de aquí para allá, que hasta pretende que viva con él en Méjico, lo cual no he de permitir yo, porque no hemos de vivir aquí solas, acompañadas únicamente de Ramón, que no es más que un muchachito sin seso y sin respetabilidad! Juan distrae á Pablo de sus quehaceres... Mi hijo no está acostumbrado á trasnochar... El mejor día le tendremos enfermo, y... ¡En fin, que eso no es de mi agrado, y yo no lo he de tolerar!

—Pero, mamá...—respondió Elena—la culpa no es de Juan, sino de mi hermano... ¿Por qué no acusa usted á Pablo y se muestra vd. tan severa con Juan? Pienso vd. que cada edad tiene sus placeres... Son jóvenes...

—¿Qué entiendes tú de eso, hija mía! De seguro que los dos caballeros no se pasan las noches rezando el rosario....

—Mamacita... ¡Si todas las noches van al Principal!

—Sí, al Principal... Ya lo sé. Como que se dice que Juan está prendado de una tiple muy aplaudida en "La Verbena de la Paloma..."

—Mamá: ¡eso no ha de ser cierto!

—Margot, contestó doña Dolores—lee en ese periódico la lista de los obsequios que recibió esa cómica el día de su beneficio, anteayer...

Leyó Margarita el artículo, en el cual un gacetillero decadentista daba cuenta del espectáculo,

—Nada dicen de Juan...—observó Elena.

—Espera...—dijo Margarita, y siguió leyendo:—"La elegante é inspirada actriz recibió de sus amigos y admiradores, soberbios presentes. Del Sr. Armando Chauvier doce botellas de Champagne "Ayala," colocadas en graciosa cesta de mimbre dorado, decorada con cintas de seda; del Sr. Santiago Zavall una sombrilla con el puño de brillantes; del Sr. Pedro Ibarrena un rico estuche de tocador; del Sr. Carlos Cepeda una caja de guantes suecos; del Sr. Pablo Collantes un biombo japonés; del... señor don Juan Collantes y Aguayo... un brazalate de perlas y esmeraldas..." Y sigue la lista! Nuestro hermanito... haciendo regalos á las "suripantas."

—No veo en eso nada de malo!—contestó la ceguezuela pálida y trémula.

—¡Por Dios, Lena!—exclamó Margarita.

—Pues yo sí, hija mía. Ni me place que Pablo ande entre bastidores, ni está la Magdalena para tafetanes, ni para biombos japoneses! Pablo vino á Méjico á trabajar, no á cortejar tiples...

—Yo me refiero á Juan...—advirtió Elena.

—Tu primo puede gastarse lo que quiera... pero no debe arrastrar á tu hermano hacia los caminos por donde él transita...

—¡Mamá!

—Doblemos esa hoja!

